

no rector capaz de hacer justicia a sus reivindicaciones. Con este paso atlético F. Díez del Corral va recorriendo la historia de las ideas científicas marxianas.

De su demoledor balance el autor no deduce, contra lo que sería más lógico, una retirada del marxismo, sino que hay que "reinventar un nuevo radicalismo revolucionario". Porque, y en esto insiste el autor, quienes menos se han enterado del desfase entre ciencia marxista y realidad histórica han sido los mismos partidos socialistas y

comunistas. No sólo no se han enterado sino que han vivido la grandiosa paradoja de mantener un lenguaje "revolucionario" mientras, prácticamente, eran integrados en el juego neocapitalista. Y, para el caso, tanto da la socialdemocracia como el eurocomunismo.

Este tipo de análisis refleja una sensibilidad socialista, crítica y muy en boga. Pero inquietante. En efecto, si la historia (la praxis) ha falseado la prognosis científica del marxismo, ¿cómo seguir creyendo en el proyecto socialista? Y de eso se

trata, según el autor, de montar una nueva estrategia que tenga en cuenta la novedad de la historia y la caducidad de posiciones clásicas. Es difícil no darle razón al autor en muchas de sus críticas, de ahí la necesidad de responder a la pregunta planteada, so pena de que, de ahora en adelante, el proyecto socialista exija un tipo de adhesión eminentemente religiosa.

La posibilidad de tomarse en serio un proyecto político, cuando la historia ha falseado su componente científico, es la específica cuestión hermenéutica

que afecta a todas las ideas que han tenido la suerte de institucionalizarse históricamente.

Esta problemática que el autor no se la plantea directamente porque se la resuelve de un plumazo recurriendo a la distinción, en el discurso marxiano, entre Weltanschauung o "visión del mundo" y teoría científica. Pero ese es el problema: para que la Weltanschauung marxista no sea una imagería idealista tiene que corresponder a su teoría científica; sólo así la Weltanschauung puede llegar a ser una auténtica utopía.

La omisión de esta temática revela, al mismo tiempo, la fragilidad de sus análisis. En efecto, la evolución del capitalismo decimonónico al neocapitalismo ha sido posible gracias a la existencia del marxismo. En la lucha dialéctica del marxismo con el capitalismo, el primero se ha dejado la piel a tiras, es decir, ha determinado la transformación del capitalismo, pagando, como precio, la verdad de muchas tesis suyas, tales como la pesimista ley de la "pauperización absoluta" o la optimista del "proletariado, sujeto de la revolución". El discurso marxiano no previó esta manera de realización práctica de tesis teórica, pero el marxismo sí que lo ha ido viendo.

Por otro lado, no hay que perder de vista que el marxismo no es sólo la historia de los vencedores: al lado de la versión leninista del marxismo, o de la concepción de partido que subyace en los partidos socialdemócratas o comunistas, ha existido, simultáneamente, un pensamiento crítico y unas alternativas organizativas que denunciaron los límites de la versión leninista o del pragmatismo que caracterizó, primero, a la socialdemocracia y, ahora, al eurocomunismo. Los nombres de Pannenkoek, Lukacs, Korsch, Labriola, Mariátegui, etc., no son puntos perdidos, sino hitos de una historia crítica que han sido conscientes de la hipoteca que conlleva la influencia directa en la historia. No se trata de enfrentar a los pensadores críticos con los pragmáticos históricos. El hacer historia exige un determinado precio, que es una auténtica hipoteca que debe ser tenida en cuenta. La existencia de ambas posturas denota que el marxismo ha estado presente activa y críticamente en la Historia. Y esa presencia es la que legitima hoy lo que el autor pretende "reinventar un nuevo radicalismo revolucionario". Para el marxismo esta operación no es ni oportu-

Tradiciones populares

¿Hacia una democratización de la feria de Sevilla?

Hace unos cuantos años —creo que era por 1972—, la entonces Alianza Socialista de Andalucía, hoy PSA, quiso poner una caseta en la feria de Sevilla. Eran los tiempos de la Mesa Democrática de Andalucía, y los hombres de ASA la querían ofrecer unitariamente a toda la oposición. Los tomaron por locos, como a los canónigos que mandaron hacer la catedral de Sevilla:

—Chicos, sería dárselo en bandeja a la Policía...

Y ASA se quedó sin caseta, que hasta estuvo pedida y todo la concesión de una parcela por el Ayuntamiento, que es quien da los terrenos en el campo de ferias de Los Remedios.

Ahora, lo que son las cosas, se han puesto de moda las casetas políticas. Los comunistas de Bellavista fueron los precursores, después del nonato intento de ASA. Todavía en tiempos de clandestinidad, en 1976 se cantó "La Internacional" en la caseta de Bellavista, cuando Simón Sánchez Montero la visitó y recordaba a quienes aún estaban en la cárcel. De Bellavista, el ejemplo ha pasado a la feria toda. E incluso ha habido el rasgamiento general de vestiduras propio de estos casos y la puesta de gritos en el cielo difícilmente azul de polvo de albero:

—La feria no puede politizarse...

El caso es que la feria se ha politizado. Bueno, y lo de siempre. La feria estaba ya politizada. Sin mucho meternos en honduras, un repaso a la "relación alfabética de adjudicatarios" de las casetas de feria de los siguientes casos de presencia de entidades políticas: Antiguos Combatientes de San Gonzalo, Circulo Hispalense (vinculado a la Jefatura Local del Movimiento), Delegación de Joven-

tudes, Fuerzas USA, Hermandad de Legionarios, Hermandad de Sargentos Provisionales, Obra Sindical de Educación y Descanso, Obra Sindical 18 de Julio, etcétera. Si esto no era presencia política de la familia, el municipio y el sindicato en la feria, que vengan Narciso Bonaplata y el conde Ibarra, que fueron el catalán y el vasco que la inventaron, y lo vean. Ocurre lo de siempre. Que las acusaciones de politizar la feria han partido precisamente de quienes antes la politizaron con peñas de ex combatientes y antiguos miembros de algo.

La presencia de los partidos, por otra parte, ha sido bien tímida. De entrada, el Ayuntamiento hizo la legalización por su cuenta y prohibió que en las casetas de los partidos hubiera siglas distintivas. Argumentaba que igual que la feria había hasta ahora estado exenta de reclamos publicitarios, también debía estarlo de los políticos. Después, los partidos hubieron de valérselas de la institución del adjudicatario amigo para hacerse con una caseta.

Pero las voces se corrieron. Y todo el mundo sabía que "La 23", de la calle Pascual Márquez, la antigua de Bellavista, era la caseta del Partido Comunista. Y que la 163, también de Pascual Márquez, una caseta con el frontal pintado en rojo, era del PSOE, en cuyo interior podía verse una caricatura de Alfonso Guerra y Felipe vestidos de flamencos, bailando unas sevillanas tocadas a la guitarra por Carlos Marx. Y que la caseta del PTE estaba en la calle Juan Belmonte, bajo el nombre casi de clandestinidad de "Peña Serrana", en la que incluso hubo en la noche grande del sábado una copa en honor de Eladio García.

Mucho se ha hablado de las casetas de los partidos de izquierda, como siempre ocurre. Que conste que el centro-derechista PSLA también la tenía.

—¿A nombre del partido?

—No, a nombre de un dirigente. Era la caseta de Antonio Ramírez.

De modo y manera que en parte la peregrinación de las casetas fue este año por las tinciones del arco iris político:

—Donde ponen un buen menú y barato es en el PSOE...

—Pues yo te recomiendo la tortilla de patatas que ponen en "La 23".

En la "Peña Serrana" hacia los honores Isidoro Moreno. En la del PSOE podía verse a la plana mayor de los socialistas sevillanos. ¿Y el PSA? Pues el PSA se quedó a última hora sin caseta. Ellos, que fueron los precursores de la idea, se quedaron como todos los sevillanos, de un lado por otro.

Y más a la izquierda de los partidos que pusieron caseta, las críticas:

—Se están comportando como los señoritos. A mí me da igual que sean los señoritos del Aero o del Pineda o que sea la ejecutiva de un partido legalizado. La feria es una fiesta clasista, montada por la clase dominante, y no se la puede reformar, ni mejorar con un falso juego de sustituciones. No se puede democratizar lo que es antidemocrático...

La verdad es que todo el pueblo de Sevilla estaba el domingo por la madrugada en la feria. Con partidos o sin partidos en las casetas. Y cada mañana, en los coches enjaezados (que le dicen) y en los trajes de faralaes (que le llaman), estaba la cosa muy popular. Muy de Alianza Popular, se entiende. ■ ANTONIO BURGOS.